

Con tales ampliaciones aún distaba de corresponder el edificio al desarrollo que iba tomando la institución. Á pesar de la competencia que le suscitó de improviso la universidad de Alcalá, nacida poderosa y viril de la cabeza del gran Cisneros; á pesar de otras veinte que brotaron del suelo español en poco más de una centuria, sobre todas descollaba siempre en importancia y esplendor la Salmantina y aun se igualaba con las más célebres de Europa. Llegaron á setenta las cátedras y á diez mil el número de estudiantes (1). Apenas hay hombre ilustre en los anales de nuestro siglo de oro, en humanidades y en lenguas, en sagrada escritura y en cánones, en derecho y en medicina, y principalmente en la ciencia de Dios en que tanto sobresalían los españoles, que no se haya sentado en aquellas sillas á enseñar, y cuando no, en aquellos bancos á aprender (2). Y no sólo para las carreras literarias, para las togas y para las mitras, sino para los más altos destinos políticos y militares era aquel el punto de partida; de allí salían el osado navegante, el glorioso caudillo, el hábil diplomático, al par que el sabio religioso y el paciente investigador, y hasta mujeres extraordinarias se presentaban á disputar á los varones la palma del saber (3). Con

(1) Eran las cátedras en 1560, según Chacón, diez de cánones, diez de leyes (éstas sin duda por descuido las omite en su enumeración), de teología siete, de medicina siete, de lógica y filosofía once, de astrología una, de música otra, de las lenguas hebrea y caldea dos, de la griega cuatro, de retórica y gramática diez y siete. Curioso es comparar su número con el que arriba indicamos, existente á principios del siglo xv. Añade el citado maestro que en dicho año había 6,500 estudiantes seculares, á saber: 1,000 canonistas, 750 teólogos, 700 legistas, 200 médicos, 900 lógicos y filósofos, y de lenguas más de dos mil; pero que antes del establecimiento de otras universidades había muchos más. Medina los computa en siete mil, Cervantes en diez ó doce mil, y en quince mil el italiano P. Caimo.

(2) En los vetustos bancos que se quitaron al renovar en 1861 el salón de actos públicos, había grabados una infinidad de nombres, de los cuales un curioso se entretuvo en copiar los más insignes, que pueden verse en el nuevo Dorado.

(3) La más célebre fué Beatriz Galindo, denominada *la Latina*, hija de un profesor de la universidad, maestra y amiga de la reina Católica, á quien sobrevivió hasta 1534. Señaláronse igualmente Alvara de Alba, natural de Vitigudino, continuada en la matrícula de 1546 y autora de un tratado de matemáticas, y Cecilia Morillas, instruída en las lenguas sabias y en las vivas, en ciencias naturales y exactas, y en filosofía y teología, hasta tal punto que la consultaban sus hijos cate-

ostentosos actos solemnizaba la universidad las visitas de los reyes, con increíbles donativos los auxiliaba en sus empresas y apuros (1), y á su advenimiento al trono les prestaba juramento de fidelidad como corporación distinguidísima del Estado, sin enviar á cortes sus representantes. Los papas la avisaban, por carta especial, de su elevación al solio pontificio; y con salvedad del real patronato, de que se mostraban muy celosos los más píos monarcas, le enviaron más de una vez cardenales legados que la visitaran y reformasen. Nunca sopló en aquel recinto el viento de la novedad ni de perniciosas ó aventuradas doctrinas, nunca se interpuso entre ella y la santa sede la menor nube de desconfianza; y el espectáculo imponente que presenció el claustro en 14 de junio de 1479, asistiendo á la abjuración del maestro Pedro de Osma y á la quema de su cátedra y de sus libros (2), no volvió á repetirse ni aun en el siglo xvi cuando tanto cundía por todas partes la cizaña del protestantismo. Sus teólogos Melchor Cano, los dos Sotos, Gallo y Salmerón, sus canonistas Covarrubias y Antonio Agustín, brillaron en el concilio de Trento como astros de primera magnitud; y de aquellos obispos españoles que tanto se distinguieron por su adhesión profunda á Roma como por su independiente firmeza y su celo reformador, de los sabios que traían consigo ó que enviaba el papa ó el soberano, pocos hubo que no hubiesen formado en Salamanca su espíritu y su carácter (3).

dráticos, uno de ellos obispo de Valladolid. Casó con don Antonio Sobrino, portugués, y murió en 1581.

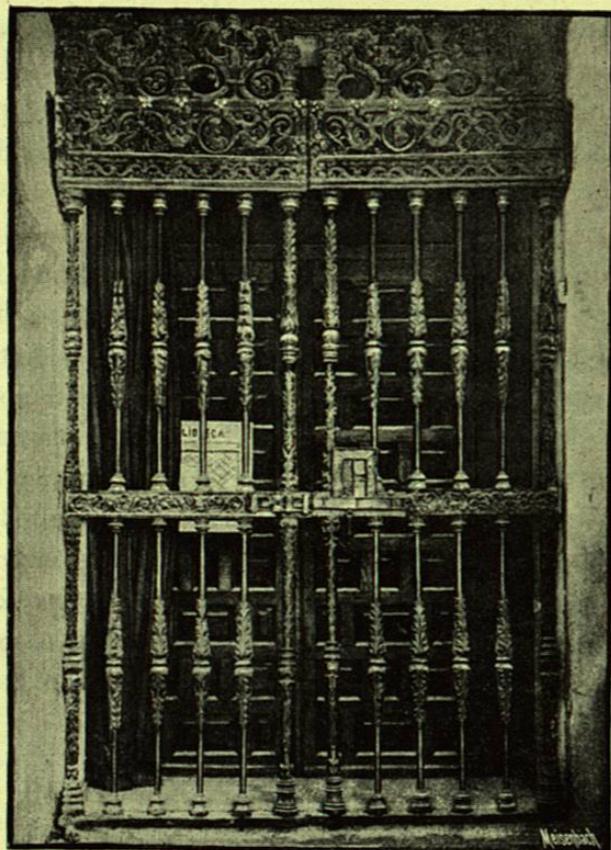
(1) Así lo hizo con los reyes Católicos para la guerra de Granada, y en 1710 con Felipe V, á quien sirvió con 330,000 reales y con cien hombres que mantuvo en campaña.

(2) Versaban sus errores ú opiniones nuevas acerca de la confesión y del poder del papa: era catedrático de prima de teología, colegial de San Bartolomé y canónigo. Hubo procesión solemne y sermón y se purificaron según el rito eclesiástico las aulas, mas no consta que se le impusiera castigo alguno.

(3) Mandóse reunir en Salamanca el concilio provincial de la metrópoli de Santiago, que se tuvo en 1565, á fin de cumplir las disposiciones del de Trento y al cual asistieron doce prelados, «por razón de esa universidad, según le escribe Felipe II, que siendo tan insigne y célebre y en que hay tanto concurso de perso-

Penetrar ahora en la vida íntima profesoral al través de las grandezas exteriores del cuerpo, asistir á sus claustros ó juntas harto borrascosas á veces, analizar la índole é influencias res-

## SALAMANCA



PUERTA DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD

pectivas de sus diversas escuelas y comunidades y la parte que tuvieron colectiva ó individualmente en el adelanto ó retroceso

nas doctas de todas facultades, será de mucha importancia y ayuda para los negocios y materias que en él se han de tratar y pueden ocurrir.»

de la enseñanza, sondear las pasiones, las rivalidades, las intrigas que agitaban aquellas graves figuras y aun se manifestaban en ruidosos hechos, sería abrir una galería de cuadros más interesantes en sí que propios de esta obra (1). Y no serían estéril asunto para bocetos de costumbres las casas de huéspedes mal seguras aunque autorizadas por el claustro, las pasantías ó escuelas cursatorias de los bachilleres, las mesas pupilares, las roperías para todas condiciones, las estaciones ó tiendas de libros (2), la sopa de los conventos, las *chupandinas* ó convites con que se compraban los votos, las aventuras nocturnas, los choques con las rondas, las reyertas ó escándalos que ponían á menudo en alarma la ciudad y en peligro á la justicia. De todas las religiones acudían á las clases ordenados enjambres de coristas, de todos los colegios multitud de cursantes, recibiendo graciosos motes según su hábito ó según el color del manto y beca (3): señalábanse por su gravedad pretenciosa los colegiales mayores y por su humor marcial los de las órdenes militares, dispuestos siempre á reñir por materia de cortesías ó de aceras. Ya que no por el traje, porque el manteo y el vestir semiclerical generalmente los uniformaba, distinguíanse por su carácter los manchegos y los de tierra de Campos y León, extremeños y andaluces, portugueses y gallegos, navarros y vizcaínos y los de la coronilla Aragonesa, que formaban las ocho secciones ó provincias legalmente reconocidas hasta cierto pun-

(1) Dramático y rico de detalles es el que trazó nuestro amigo don Vicente de la Fuente en la biografía de León de Castro, delator de fray Luís de León, caracterizando admirablemente los *personajes*, los *coros*, la *escena* y demás *accesorios*, como él dice. Al mismo género pertenece la que ha publicado el marqués de Morante de Francisco Sánchez, el Brocense, famoso humanista, que corrió suerte parecida á la de fray Luís pocos años después.

(2) Escribe el sabio don Antonio Agustín haber conocido en Salamanca cuando estudiante 52 imprentas y 84 tiendas de libros que ocupaban á 3,600 personas. Aún se denomina de Libreros la calle donde está la universidad.

(3) Á los dominicos se les apodaba *golondrinos*, á los franciscanos *pardales*, á los mercenarios *cigüeños*, á los bernardos *grullos*, á los jerónimos *tordos*, á los de su colegio de Guadalupe *chinos*, á los mostenses *palomos*, á los del colegio de San Pelayo *verderones*, etc. De aquí el proverbio que «en Salamanca anidan toda clase de pájaros.»

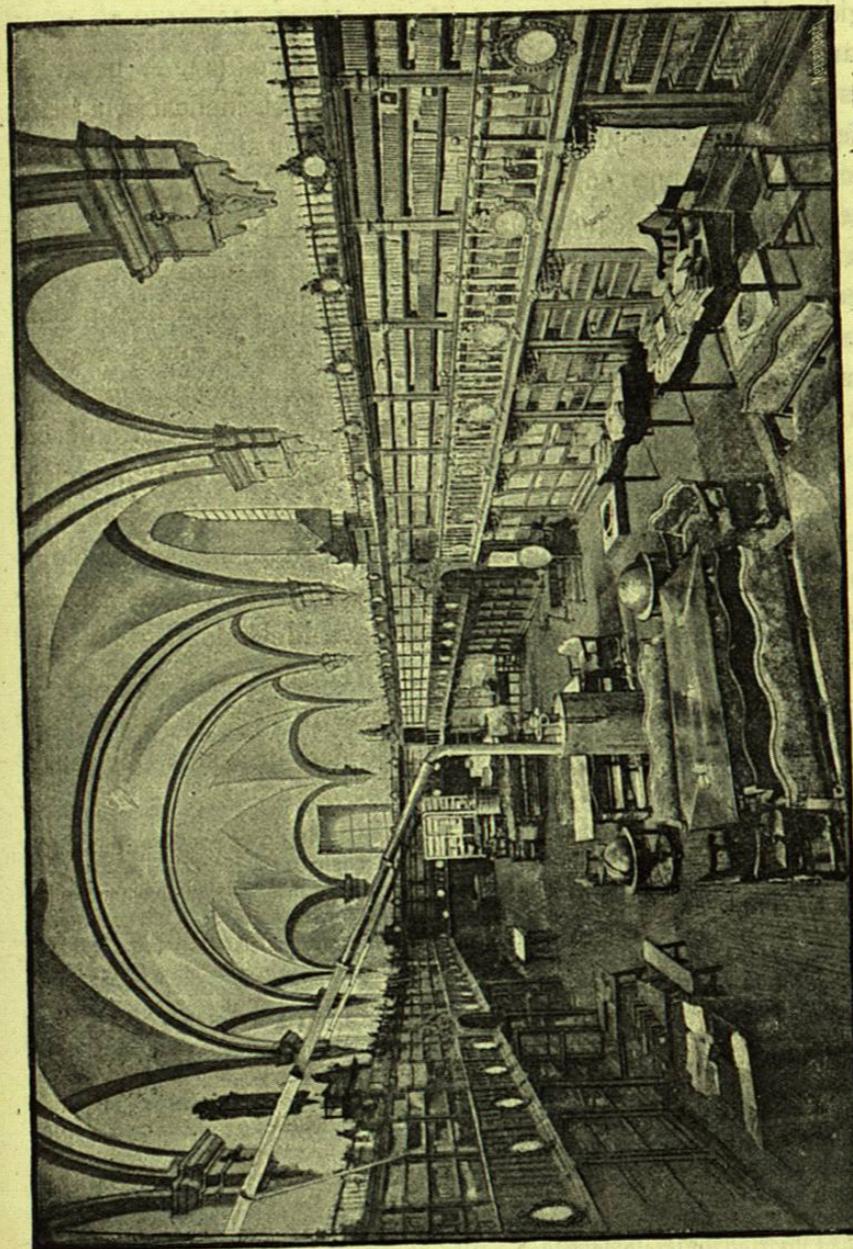
to (1); y añadiendo á éstas los procedentes de las Américas españolas, los franceses, flamencos é italianos en gran número atraídos por la fama de los estudios, los católicos de Irlanda y de Inglaterra que huían de la enseñanza protestante, trabajo costará creer al buen maestro Chacón acerca de la *honestidad*, *comedimiento* y disciplina casi monacal de tan promiscua juventud (2). Ello es que se reputaba por *hazaña y no pequeña* el que un simple corregidor gobernara pacíficamente tantas *naciones* sin alcanzar siempre á prevenir sus sangrientas escaramuzas, y que á la rígida vara apenas dejaban tregua muertes, desafíos, motines y desmanes de muchos que *no venían á Salamanca á aprender leyes sino á quebrantarlas* (3).

No se descuidaban, sin embargo, de celar por el orden de la universidad sus coronados patronos, y de enviarle á menudo sin intervención de la Iglesia delegados y consejeros suyos que restablecieran en su rigor las constituciones ó las hicieran nuevas según la necesidad de los tiempos. Tres visitas mandó practicar Carlos V en 1529, 1538 y 1550, varias Felipe II, la una al principio de su reinado por el célebre Covarrubias y la postrera por don Juan de Zúñiga en 1594; Felipe III, que tanto gustó en 1600 de las funciones y obsequios de ella, la hizo entender no obstante *cuán señor era* de la misma, despachándole comisa-

(1) Esta división tuvo presente al parecer el autor de la *Tia fingida*, sea ó no Cervantes, al describir por boca de la vieja Claudia las diferentes condiciones provinciales en punto á galantcos.

(2) «Mucho más se aventaja, dice, esta universidad á las demás de Europa en la virtud, recogimiento, autoridad y tratamiento de los estudiantes, porque con ser todos mozos y los más nobles y principales y ricos de las tierras de donde cada uno es natural, con todo eso se halla en ellos toda la buena conciencia, comedimiento, llaneza y buen trato que se puede desear, tanto que en esto desde muy lejos se conoce el que se ha criado en aqueste estudio. Acompañan esto tanta honestidad y tanta cuenta en sus conciencias, quanta suele hallarse entre los religiosos, y será prueba de ello que el presente año (1569) han entrado muy cerca de seiscientos estudiantes de los principales en las más estrechas órdenes y religiones y muchos de ellos en los Descalzos.» Con colores muy diversos nos trazan aquella estudiantina los escritores del propio siglo y del siguiente, aunque no nos sorprenden en dicha época tales contrastes de ascetismo y de licenciosidad.

(3) Expresión de Cervantes aplicada á otro propósito.



SALAMANCA.—BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD

rios en 1602, 1610 y 1618, confiando temporalmente al corregidor el oficio de maestro-escuela y quitando de raíz á los escolares el derecho de votar á sus catedráticos (1). Á pesar de estas reformas cuya frecuencia demuestra su ineficacia, á pesar de la energía del juez Pedro de Soria y del alcalde Amezquita, subió á su colmo en los días de Felipe IV la inmoralidad, el desenfreno, la anarquía (2). Coincidió ó más bien resultó de aquí la decadencia de los estudios, que dándose la mano con la intelectual y política de España en aquel siglo, redujo bien pronto su crédito y su concurrencia á una sombra de lo que fueron. El rancio escolasticismo, las estériles sutilezas, el gusto depravado que allí reinaba, eran objeto de la mofa de los extranjeros, cuando los primeros Borbones emprendieron su regeneración. No sin hallar fuerte resistencia interior, secundaron el impulso del gobierno desde la mitad del XVIII el matemático-astrólogo Diego de Torres, el erudito Pérez Bayer, los ilustrados obispos Bertrán y Tavira, y al rededor del suave Meléndez Valdés, que convirtió en Arcadia las riberas del Tormes, una pléyada de poetas, críticos y periodistas. Entonces reverdeció la universidad como suelen los árboles después de las precoces lluvias de

(1) Á esto dice un coetáneo que adicionó la historia de Pedro Chacón: «No se puede negar que es de mucho provecho para el sosiego de los estudiantes, pero de mucho daño para el aprovechamiento de los estudios, por no hacer caso de ellos los maestros y pretendientes, ni enseñarlos con sus avisos y letras extraordinarias que solían leerles, ni asistiéndoles á conclusiones particulares... y por lo mismo á los estudiantes no se les da nada de ellos.» Siempre las más útiles reformas mezcladas de inconvenientes!

(2) La correspondencia de varios jesuitas, de 1634 á 1648, publicada en el *Memorial histórico*, prueba á qué punto llegó por aquellos años la insolencia estudiantil, ya arrancando á un clérigo de manos de la justicia, ya peleando entre sí andaluces y vizcaínos (tom. I, 106, 318, 349), ya cometiéndose en corto período hasta cuarenta y seis muertes impunes (III, 486), ya matando públicamente á una mujer á pelladas de nieve con horribles é inauditas circunstancias y haciendo pasar á la autoridad por las mayores afrentas (IV, 244). No serían menores los atentados que reclamaron en enero de 1645 la presencia del severo alcalde de casa y corte don Pedro de Amezquita, que para castigarlos debidamente hizo venir de Ciudad Rodrigo un tercio de soldados (VI, 4, 9, 17). Había sido ya corregidor de la ciudad en 1637, pues en el archivo municipal consta una acta de 6 de marzo referente á los excesos é inquietudes de los estudiantes, en la que se le suplica vaya á dar cuenta de ellos á S. M. y á pedir remedio para lo sucesivo.

otoño, produciendo flores literarias más bien que espontáneos frutos de nutritiva ciencia.

En la parte artística ciñóse la época de Carlos III á renovar la capilla, sustituyendo la filigrana del primitivo altar con los ricos mármoles del presente y las pinturas de Gallego con otras de un oscuro italiano. No sabemos si á la sazón se rehicieron también los arcos del patio principal que no tienen estilo ni carácter, pero se conservó el suyo á las inscripciones latinas, puestas al rededor sucesivamente desde el siglo XVI en adelante en elogio de las ciencias y de los reyes protectores de aquel emporio, copiándolas con ligeras variantes (1). Formáronse proyectos de ensanche, cuyo abandono celebramos si habían de costar la demolición de las obras de los reyes Católicos y de Carlos V, por más que no basten ellas para dar al edificio, grupo de fábricas sin unidad ni magnificencia, la índole monumental que á su historia corresponde. Cinco años hace se decoró la vieja cátedra de cánones destinada á salón de actos ó paraninfo, y su mejor adorno es la gloria de los nombres que como estrellas distribuidas por ciclos tachonan sus bóvedas, y de los medallones que penden de sus arranques (2).

(1) Los reyes que en el claustro figuran pintados de claro-oscuro son Alfonso IX, Fernando III, Alfonso X, los reyes Católicos, Felipe III y su esposa Margarita, Carlos II y Felipe V. Los dísticos dedicados á los últimos son conceptuosos y aun revesados conforme á su tiempo, lo mismo que la inscripción puesta en memoria del papa Luna; los más antiguos los compuso el humanista Fernán Pérez de Oliva, tío del célebre Ambrosio de Morales, y algunos modificó en el siglo pasado el maestro Juan de Dios González, como el que atrás insertamos sobre la fundación de la universidad. Por muestra de ellos pondremos aquí el referente á la astronomía, advirtiendo que no todos son de igual mérito:

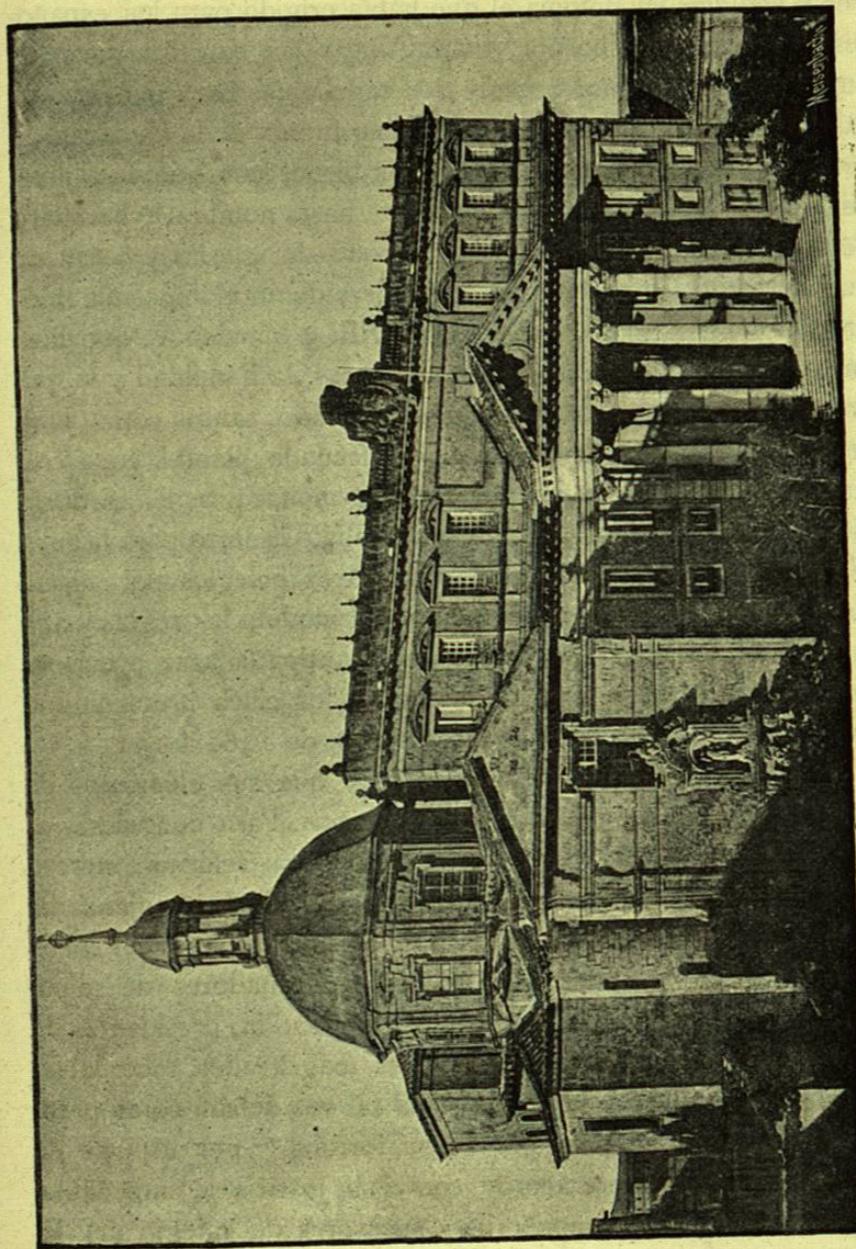
Sidera, terra, fretum cœlo clauduntur, at ipsum  
Humano mirum! clauditur ingenio.

(2) De la antesala de la biblioteca se han trasladado á dicho salón los retratos de los reyes de la casa de Austria y de la de Borbón. Las cinco bóvedas de la estancia, repartidas por facultades, contienen cada una en círculos azules con letras doradas doce nombres de los más distinguidos en su respectiva esfera, resumiendo así las celebridades de la universidad. En la teología brillan el Tostado, san Juan de Sahagún, Cisneros, santo Tomás de Villanueva, Deza, Las Casas, Victoria, Soto, Medina, san Juan de la Cruz, santo Toribio de Mogrovejo y el beato Juan de Ribera. En derecho Palacios Rubios, Antonio Agustín,

Por su construcción aventajan á la universidad los famosos colegios mayores, así como un tiempo quisieron prevalecer sobre ella en grandeza y categoría. Cuatro había de esta clase en Salamanca, el de San Bartolomé, el de Cuenca, el de Oviedo y el del Arzobispo, que con el de Santa Cruz de Valladolid y el de San Ildefonso de Alcalá componían los seis únicos de España: su objeto no tanto era formar estudiantes como hombres consumados en teología y cánones, que no salían del colegio sino para algún puesto eminente de la carrera eclesiástica ó civil. Nació el primero hacia 1401 junto al palacio episcopal de don Diego de Anaya, tomó el nombre de San Bartolomé el Viejo de una parroquia que había existido en el siglo XII en las casas á donde el prelado lo trasladó más adelante (1), y habilitado brevemente el edificio, abrió sus puertas por la navidad de 1417 á los nove-

Antonio Gómez, Luis Molina, Gonzalo Suárez de Paz, Antonio Pichardo, Juan Solorzano Pereira, Juan Chumacero, Jerónimo Castillo de Bobadilla, José Fernández de Retes, González Téllez y Ramos del Manzano. En historia y poesía Juan de la Encina, Ambrosio de Morales, Hurtado de Mendoza, González Dávila, Francisco de la Torre, Góngora, Calderón de la Barca, Nicolás Antonio, Meléndez, Sánchez Barbero, Arellano, Quintana. En humanidades Abraham Zacuth, astrólogo y cronologista judío de últimos del xv, Nebrija, Lucio Marineo, Aguilera, Fernán Núñez, Ciruelo, Siliceo, Mallara, Gonzalo Correa, Juan Durán de Torres, J. J. García, Martel. En medicina Andrés Laguna, Cristóbal Horozco, Juan Bravo, Agustín Vázquez, Antonio Zamora, Luis Alcázar, Andrés Ordóñez, Fernando Cardoso, Pedro Miguel Heredia, Rivera, M. de Herrera y Luis Rodríguez Pedrosa. Los bustos de los ocho medallones representan á los más sobresalientes, tales como Soto y Suárez, Covarrubias y Cano, fray Luis de León y el Brocense, Diego de Saavedra Fajardo y el médico Cristóbal Pérez de Herrera. Y aun así no queda agotado el catálogo de los nombres ilustres que allí resonaron; aún falta consignar los de don Enrique de Villena, que se asegura fué rector de la universidad, de Juan de Mena, de Hernán Cortés, de Florián de Ocampo, de Zurita, de Fernán Pérez de Oliva, de Pedro Chacón, del músico Salinas, del maestro Juan de Ávila, de fray Diego de Estella, de fray Juan Márquez, de fray Pedro Malón de la Chaide, del jesuíta Luis de Molina, de Gregorio López comentador de las Partidas, del conde-duque de Olivares, del cardenal Aguirre, de Solís, del poeta Villegas, de Pérez Bayer, del obispo don Antonio Tavera, de García de la Huerta, de don Juan Pablo Forner, de Iglesias, de Cienfuegos, de fray Diego González y de don Juan Nicasio Gallego.

(1) Sobre esta primitiva parroquia véanse la pág. 17 y la 86, y acerca de don Diego de Anaya la 60 y siguientes. Generalmente se ha creído que este colegio se apellidó el Viejo por ser el más antiguo, pero el dictado en nuestro concepto iba unido al título mismo de la parroquia para distinguirla de otra de San Bartolomé que se fundó algo posteriormente, hasta que con el tiempo en vez de *colegio de San Bartolomé el viejo* se dijo *colegio Viejo de San Bartolomé*.



SALAMANCA.—COLEGIO VIEJO DE SAN BARTOLOMÉ

les colegiales, entre ellos á dos hijos del fundador. Después de ver y estudiar en Bolonia el que había erigido para los españoles el cardenal Albornoz, trazó Anaya las constituciones del suyo: instituyó quince becas y dos capellanías para personas de buena opinión y limpia sangre, que no fuesen de la ciudad ni de cinco leguas en contorno, ni tuvieran bienes con que sustentarse; pero lo dotó tan espléndidamente hasta nombrarlo heredero de sus bienes y de sus libros, patrono de iglesias y señor de pueblos, montólo con tal aparato de servidumbre, impetró tales gracias y privilegios de Benedicto XIII y Martino V, que hizo harto difícil el sostenimiento de sus bases, la humildad y la pobreza. Sabios no obstante como el Tostado, santos como Juan de Sahagún, fueron las primicias del fecundo plantel, cuyo crédito se difundió en breve por toda la monarquía. El cardenal Mendoza para su fundación de Valladolid, Cisneros para la suya de Alcalá, los creadores de los otros tres colegios del mismo rango en Salamanca, tomaron de aquel modelo las reglas y aun en parte el personal; y á pesar de la antipatía asaz previsoramente del rey Católico á semejantes institutos, los cinco brotaron uno tras otro en el período de cuarenta años, de 1480 á 1521.

Todos recibieron del Viejo, al par que sus elementos de prosperidad, el germen de su degeneración. Para contenerlo el emperador prescribió á severos visitantes su reforma, merced á la cual alcanzaron bajo su reinado el desarrollo y pujanza de la edad viril. Cardenales, arzobispos, obispos, padres del concilio de Trento, grandes inquisidores, gobernadores de reino, virreyes, capitanes generales, títulos de Castilla, presidentes de consejo y de chancillería, embajadores, magistrados, recordaban con cariño el manto y beca, á la cual tal vez debían como prenda de capacidad el principio de su fortuna, y por espíritu de corporación no siempre acorde con el de justicia se empeñaban en favorecer á sus compañeros y sucesores de colegio (1). El

(1) Del colegio de San Bartolomé y de sus grandezas se han escrito dos voluminosas historias, una por don Francisco Ruíz de Vergara en 1661 y otra en 1766

ejemplo estimulaba la ambición, y á vista del pomposo catálogo de los dignatarios procedentes de la casa, llegaron á creerse patrimonio exclusivo de ella las dignidades de la iglesia y del estado: sus teólogos se desdaban ya de ser párrocos, y de ser abogados sus juristas, desechando como indigno al que se rebajase á ejercer su profesión; y no sólo lograron avasallar la universidad con el monopolio de sus cátedras y con sus desmedidas exigencias (1), sino las mismas catedrales, donde ningún cabildo se atrevía á desairar á un colegial opositor por miedo á sus poderosos valedores. Ya no se exigía para la admisión honestidad de costumbres y de familia, sino heráldica información de nobleza, no acreditar la pobreza del aspirante sino más bien una renta de diez mil ducados, porque algo había de costar aquella especie de candidatura para los más altos destinos: las cábalas, el soborno, la recomendación de elevados personajes y aun de los mismos reyes, decidían la elección más que las dotes del elegido. Por la ancha brecha abierta en los estatutos á fuerza de dispensas, penetraron el fausto, la ociosidad, el juego, la corrupción; hízose irrisoria la clausura; y los *castillos roqueros* erigidos en *defensa de la fe*, los *criaderos* de varones ilustres, los *albergues de Minerva* en el siglo XVI, vinieron á ser á mediados del XVIII *receptáculo de vicios* donde desperdiciaban el pan de los pobres los ricos y privilegiados. Empezó regenerarlos Carlos III poblándolos de alumnos aplicados y sin recursos mediante oposi-

por el marqués de Alventos. Entre sus alumnos se cuentan 7 cardenales, 18 arzobispos, 70 obispos, innumerables presidentes y consejeros y altos funcionarios civiles y militares, de donde vino el adagio que *todo el mundo estaba lleno de Bartolomicos*. No le iban muy en zaga los demás colegios, pues el de Cuenca produjo 4 cardenales, 2 arzobispos y 29 obispos, el de Oviedo 4 cardenales, 19 arzobispos y 76 obispos, entre ellos á santo Toribio de Mogrovejo y al eminente Covarrubias, y el del Arzobispo 1 cardenal, 10 metropolitanos y 51 obispos, todos con un número proporcionado de dignidades seglares. Los colegiales del Viejo usaban manto pardo ó buriel y beca del mismo color, los de Oviedo la llevaban azul, y de grana los del Arzobispo.

(1) Las cátedras se proveían por turno en un individuo de los cuatro colegios mayores, y la quinta en un colegial menor ó *manteista*. De las etiquetas y cuestiones que suscitaban aquellos á la universidad, hasta en las exequias y recibimientos de príncipes, están llenos los anales del XVII y XVIII.